



EL PAN

sea regadíos, repartos, cosas, y los oráculos de Delfos, o sea el bunker, ya están con la coartada del pan, ya tienen una coartada de pan, un argumento macizo de miga para decir que lo urgente es el pan y que la libertad puede esperar.

Trampa saducea, vieja trampa de pan. Trampa, car-tón y pan. Porque en nombre del pan nos han negado du-rante cuarenta años la liber-tad, y encima tampoco nos han dado el pan, o nos le han

dado áximo y tardío. Cronis-tas más avisados denuncian la demagogia del pan, la vieja demagogia carismática de los años cuarenta, que ahora vuelve, increíblemente, alu-cinantemente, con aquello de cuán gritan esos malditos, pero mal rayo me parta. De-senfundan la espada y dicen en nombre del pueblo que al pan, pan y al vino, vino. Pero luego nos quedamos sin el pan de la necesidad y sin el vino alegre de la libertad.

Si los conoceré yo. Cuando

el equilibrio político es ya inestable, cuando están entre la espada de la ruptura y la pared del bunker, enarbolan una vez más una barra de pan, como adarga de hidalgo legitimista, y gritan que para el pueblo tienen pan. Pan para el pueblo y cárcel para los señoritos libertarios de Madrid. ¡Ay pan, honrado, honesto, proletario pan, qué cosas se cometen en tu nom-bre!

En tu santísimo nombre. ■
UMBRAL.

EL pan, el pan. Otra vez el argumento del pan. El pueblo de Andalucía ha pedido pan, o sea justicia, o

EXPLICACION DEL ULTRA DESCONOCIDO

ME refiero al ultra de buena fe, al visionario, al beatífico, al que avanza de síntesis en síntesis, como si saltase charcos, y posee ese aspecto parsimonioso y asfixiante de alga primigenia. No es que no comprenda la libertad y su práctica civil, desde el sufragio universal al pluralismo, también universal, de las ideas; es que ignora todo eso. No es, por supuesto, una ignorancia negativa, como la que tiene el caracol de la velocidad, sino positiva, en el sentido de que esa ignorancia le dicta la creencia de que nunca llegará a comprender el sentido real

de la libertad. Incluso teme adquirir los conocimientos más rudimentarios acerca de ella, con lo cual le nace un recelo agresivo hacia quienes se arriesgaron a obtener alguna sapiencia respecto al tema. El ultra de filas, el ultra raso, tiene la idea imprecisa e inconexa de que los hombres que hablan de libertad y democracia son «teóricos» que se ocupan de símbolos abstractos, una especie de secta que busca el mal y rumia su resentimiento de vencida. El ultra desconocido, ante quien enciendo la llama de la misericordia, alimenta su conciencia indigente me-

dante un «pot-pourri» de providencias, intangibilidades, inalterabilidades, trascendencias, anécdotas heroicas y «slogans» de milenario político. No es responsable de casi nada, y casi nada beneficiario de nada, y ni sabe lo que más conviene a sus necesidades. Es incapaz de intuir aquello por lo que se desgana, pero se alegra de ser el testigo concluyente de un fetichismo más o menos dramático con el que los grandes depredadores del ultrismo reclutan engrudo humano para taponar las resquebrajaduras de sus privilegios indeclinables. Vive, el ultra sin

graduación, la petrificada antítesis del rojo y del nacional, impotente para alcanzar el problema último de una sociedad en la que continuará siendo la gloriosa bestia de carga. Y, no obstante, sin él no se explicaría el telediario. ■ **LI-CANTROPO.**

